

		RESEÑAS
<h2>De una parroquia editorial y sus cofrades</h2> <p><b><i>Historia de los malos tiempos</i></b> BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ Caza de Libros Editores, Ibagué, 2012, 94 págs.</p> <p><b><i>Caspas</i></b> JOAQUÍN PEÑA GUTIÉRREZ Caza de Libros Editores, Ibagué, 2012, 83 págs.</p> <p><b><i>Torquemada en el infierno</i></b> EDGAR BASTIDAS URRESTY Caza de Libros Editores, Ibagué, 2012, 99 págs.</p> <p><b><i>El mensajero de los dioses</i></b> EDGARD SANDINO VELÁSQUEZ Caza de Libros Editores, Ibagué, 2012, 105 págs.</p> <p><b><i>Otras esquinas</i></b> JAIRO RESTREPO GALEANO Caza de Libros Editores, Ibagué, 2011, 85 págs.</p>	<p>una oportunidad y como parte de los encuentros que la Red de Editoriales Independientes Colombianas (REIC), junto a la Asociación Colombiana de Libreros Independientes (ACLI) –y en donde tuve la ocasión de participar como relator–, fue organizado hacia finales de 2013 bajo el nombre Bibliodiversidad un encuentro de editores independientes en el que trató de darse vida a una campaña de buenas prácticas en pro de las políticas editoriales en el sentido que estas empresas habrían de unir esfuerzos para visibilizar sus contenidos y romper de paso con la barrera que ha dividido la edición universitaria de la independiente –y que en la REIC no agrupa a la fecha de esta nota más de diez editoriales de tal corte– junto a muchas editoriales regionales que velan por la divulgación de sus autores, caso de lo que ha venido ocurriendo en el Líbano (Tolima), con la Biblioteca Libanense de Cultura bajo la batuta de Carlos Flaminio Rivera. La apuesta es, a todas luces, la de afianzar un mercado nacional que dé cabida a nombres conocidos tanto como a autores noveles, imagino que bajo el criterio algo personal de los responsables de estos sellos y de las necesidades y contextos de sus dinámicas particulares. En esta apuesta aparecen editoriales emergentes con un claro y medido concepto estético, que buscan posicionar un producto que nada tenga que envidiar a los ‘dueños’ del segmento en las librerías y espacios culturales que, como ocurre en las ferias del libro, a cada minuto poseen un inventario tan prolífico como digno de un estudio de fondo; por un lado se producen millares de libros sin mayor gracia estética, a la vez que la precariedad de algunos de los independientes no agremiados –lo subrayo– brilla por sus defectos, aunque las buenas intenciones terminen por llevarnos a aplaudir su quijotada.</p> <p>En la sede de Caza de Libros Editores en Bogotá, no he tenido la oportunidad de conocer su casa matriz en Ibagué, se muestra con cierto orgullo a más de cien autores bajo colecciones disímiles que han rescatado toda suerte de apuestas y géneros en el ámbito literario y periodístico. Allí mismo, los editores de Caza de Libros, a quienes muchos conocemos en el ámbito cultural como los hermanos Pardo,</p>	<p>desarrollan actividades y lanzamientos, reuniones y tertulias frecuentes en las que el proyecto de caza de libros ha dado pasos agigantados de suma importancia. Queda para discutir, sus contenidos, su diseño, su política editorial y su visión comercial. Sin entrar en estos terrenos, y como una forma de regresar a sus bondades, habría que ver la forma en la que el proyecto ha pasado de promocionar su colección en una forma algo limitada a granjearse un espacio más visible, digamos que tratando de competir hombro a hombro –aún hay un enorme trecho, huelga decir– con algunos de los monstruos que exponen en el Pabellón Internacional de Corferias (la Filbo de Bogotá). Pero entonces queda la pregunta de si no se siguen cometiendo los mismos errores al desarrollar un proyecto como en una aldea, una parroquia de paisanos y amigos que tienen a bien agremiarse y tener un impacto limitado a sus kermeses y su círculo de cofrades más próximos.</p> <p>Dentro de la colección de Caza de Libros, habré apenas de hablar de cinco títulos que se me encomendó reseñar y que corresponden a los títulos 16, 17, 20 y 21 junto a otro libro que por azares del destino –y de su editor– no tiene en lugar alguno un número que le identifique dentro de esta colección, el libro de Jairo Restrepo Galeano. Se trata de libros relacionados con el relato, aunque alguno de estos tenga más aspecto de novela y el libro que corresponde a Edgar Bastidas sea una novela en su sentido más estricto. La primera de estas colecciones –los cinco libros aquí comentados se nos venden en carátula como cuentos y relatos–, el libro de Benhur Sánchez Suárez, <i>Historia de los malos tiempos</i>, recoge una suma de cuentos digeribles, en el buen sentido de la palabra –si es que lo tiene–, que el autor escribiera aquí y allá para diversas revistas y suplementos culturales, desde <i>Lecturas Dominicales</i> del diario <i>El Tiempo</i>, hasta revistas como <i>Contracartel</i> y <i>Fabularia</i> –una publicación manizaleña–, a excepción de tres de ellos, “Hasta mañana tío”, “Para empezar el olvido” y “La separación de Helena”. Se trata de un proceso de experimentación con el género en el cual el autor muestra el que será su tono en el oficio de la escritura:</p> <p>Sofía se cortó su cabellera de oro porque en las noches sentía que le to-</p>

RESEÑAS		
<p>caban y a la mañana siguiente le era imposible peinar sus cabellos, enmarañados sin explicación alguna. El padre regó agua bendita en la casa pero el fantasma, terco y adusto, continuó rondando la casa, poblándola de chanzas, de pasos inquietos, como si tratara de eludir esa infinita soledad a que había estado condenado desde siempre. [“El padre”, pág. 14]</p> <p>Desde allí, Benhur Sánchez mantiene el tono y el trazo de una prosa limpia, plena de imágenes bastante dicentes por cuanto su prosa trasluce paisajes reales y entrañables, diáfanos y a la vez dicentes, espacios tan humanos como el tratamiento que a menudo permite leerse con la naturalidad de la anécdota y el diario vivir en nuestro trópico tan enmarañado de fantasía como de impotencia:</p> <p>Teófilo: te asomaste a la puerta y entendiste que la luz era igual a los veintinueve mil quinientos cincuenta días en que te había vomitado el cuarto hacía el desértico paraje de la calle. Mañana será otro día, te dijiste, aleteando las manos delante de tu rostro. [“Los dolores ajenos”, pág. 30]</p> <p>El tema de “lo común”, como reza la nota de contracubierta, le quita pretensiones innecesarias a los relatos, sus suspicacias se limitan a reflejar el sentido ulterior de las pasiones de sus personajes, y no vemos al autor que se mira el ombligo como queriendo utilizar la vida de los otros en detrimento propio.</p> <p>Sigue en esta suma de libros de <i>Caza de Libros</i>, el volumen de Joaquín Peña Gutiérrez, <i>Caspas</i>, autor que ha querido retratar la vida de varios adolescentes expugnando sus culpas y su vida escolar en medio de la barahúnda de la niñez, “microrrelatos enclavados en un ambiente colegial” que afrontan sus pecados de barriada desde la inmediatez de la escuela, las pilatunas, el ir y venir entre el mejor jardín del que tenga noticia el hombre, la infancia y la inocencia robada –en nuestro caso– por la vida en medio de la necesidad y la fantasía. Sin que ello pueda sonar a monótono blablablá –me refiero a mi comentario–, véanse episodios como este, el cuento “Vivir otra vez”:</p> <p>–Veo que ya hablaste con la profesora de historia.</p> <p>–Sí; la cogí de buenas pulgas y se</p>	<p>dejó hablar. Además, averigüé en la red. Muchas muendas que el man le daba a todo el mundo. Mundo que se le atravesaba, acá, en el pensamiento, en el deseo, mundo vuelto nada y en sus manos. Ya ve; para terminar muriéndose sin saber por qué. [pág. 30]</p> <p>Joaquín Peña es, huelga decir, uno de los gestores del Taller de cuento de la Universidad Central de Bogotá, junto a su hermano, Isaías Peña Gutiérrez. En este periplo, y como muchos de los partícipes de esta cofradía de autores y amigos que detentan hace ya tiempo un gran aparato literario y varias generaciones de narradores que deben a este taller su formación en la materia, ha seguido dirigiendo seminarios, organizado encuentros y realizando actividades para escritores e interesados en la literatura. Ello se ve a cada rato en su ejercicio al frente de este libro, como en el episodio-cuento en el cual no deja de hacer un guiño algo extraño a un editor de revistas, el director de la revista <i>Puesto de Combate</i>, al dejarle en medio del cuento como objeto de lectura de unos estudiantes: “Milciades Arévalo nació en el Cruce de los vientos, Colombia, el...”. Dejo el interrogante en este caso pues aún cuando sean permitidos estos juegos y recursos en la viña del señor, el ejercicio deja en el fondo un mal sabor de boca, la cuña para los amigos o el homenaje taimado quedan rezagados y dejan más incomodidad que bienestar. Al final de este libro, la perla más vistosa es lo que el profesor Joaquín Peña tuvo a bien incluir en este libro de cuentos, una explicación algo pretenciosa del porqué de su ejercicio narrativo, sus “Consideraciones del autor”, un ejercicio tan innecesario como fuera de lugar.</p> <p>Sigue en esta suma, el libro de Edgar Bastidas Urresty, profesor y filósofo siempre dedicado a la investigación histórica y quien –nota aparte– ha venido trabajando con la metahistoria en la medida que sus ensayos y escritos a modo de crónica histórica vienen a soportar el ejercicio actual. Quizá un tanto discreto en la literatura –y aquí viene de nuevo mi aseveración inicial por la que se viene ocultando autores regionales por una rara apuesta central por editoriales de mediana postura y grandes grupos–, Bastidas ha publicado una veintena de títulos de talante</p>	<p>histórico y cuentos, aparte de algunos ensayos de investigación con poca visibilidad en el país. El libro que se reseña aquí, regresa al infierno de Dante –y a lo metahistórico desde luego–, una rara construcción pues sus personajes parecen haber vivido efectivamente en el San Juan de Pasto del autor, rescatando y redimensionando la figura de Torquemada para que una vez más pergeñe en el cadalso de las falsas instituciones clericales, al narrar desde la ficción el efecto de un hombre de su condición sobre un país de santos llagados y plegarias vacías. Otro de sus escritos relacionados con la figura monástica de la iglesia, <i>El fariseo</i>, llevó a Bastidas Urresty a escribir <i>Torquemada en el infierno</i>, un personaje que redibuja a los inquisidores de Isabel de Castilla, el asesino que sufre en la novela el peso del círculo inclemente de la consumición; se trata, en síntesis, de un avaro contemporáneo, con quien Bastidas ha tenido la prudencia de trazar un episodio que reconfigura el tiempo y que queda siempre fuera del lugar común al retomar héroes o villanos que tienden a ser nuevos, no una recapitulación del siniestro personaje de la historia, estafador y melindroso hombre de negocios cuyos escrúpulos le condenan finalmente al fuego de la invención narrativa de un escritor como Edgar Bastidas Urresty. Se trata aquí no de un libro de relatos dispares, sino de una suerte de novela que, como es usual en Bastidas, representa episodios de una historia que colindan con la novela como corpus y que tienen el valor y la fuerza del documento de investigación, acaso porque la prosa de este autor nacido en Samaniego (Nariño), siempre circunda los territorios de la academia y el ensayo investigativo.</p> <p><i>El mensajero de los dioses</i>, de Edgar Sandino Velásquez, es, a renglón seguido, no un libro de relatos sino una novela. Se trata, en este caso, de un breve relato ficcional sobre los chibchas en el cual se recorre una serie de ritos y presunciones narrativas con las que su autor ha querido narrar la vida y rituales de una de las culturas más emblemáticas de nuestro pasado indioamericano. El texto goza de pasajes importantes, la narración, sin embargo, se queda sin argumentos y lo que mejor hubiese concebido como un cuento, se convierte en un texto que no deja de</p>

mostrar unas falencias de sentido por las que las escenas del mundo indígena se convierten en un eterno errar entre diáfanas saluciones al mito y una sobreadjetivación que delata inocencia de parte de un escritor que se nos vende como autor de “diecisiete libros entre cuento, poesía, ensayo y teatro”. Sandino habla de paisajes íngrims, recrea el ejercicio de una naturaleza avasallante pero a ratos detiene tal cauce con algunos incorregibles defectos: “Los peces de los abundantes ríos de las altas montañas y de los innumerables lagos y lagos”. Reiteraciones de taller de literatura: “Desde la distancia parecía...”. “Desde el improvisado mirador” –esto en dos párrafos seguidos–; o algunos trances barrocos en los que el amor por los chibchas resume por encima de la narración:

Por último, en fila perfecta, ingresaron, saliendo del último arco, el más hermoso y mejor adornado, con flores de varios colores y ramas bellamente dispuestas, las autoridades de la tribu, la Thoja en pleno con el Abhaga adelantante. [pág. 39]

Los errores se hacen evidentes, como en el caso de este texto en el que la escuela primaria reclamaría su lugar: “Con un halo de esperanza, el grupo se regresó al Kuhuya a hacer la alabanza en agradecimiento, y escoger los valientes que viajarían a la cumbre a buscar el Agua de la Vida” [pág. 87]. Así y todo, habría que rescatar el interesante estudio que el autor realiza sobre esta cultura y, desde luego, los lances de estilo por los que se atreve a realizar semejante tarea.

Finalmente, el libro de cuentos sin numeración de Jairo Restrepo Galeano, *Otras esquinas*, es un breve y bien ponderado libro de relatos muy breves en los que el autor, antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia y magíster en Literatura de la Universidad Javeriana, recoge veintiséis historias que, como se lee en las notas aclaratorias del libro, “quieren expresar la extrañeza humana, descosida y desvaída, cuando el misterio está ahí y la racionalidad no encuentra recursos con los cuales apresar tales códigos que, aunque ilógicos [...] son oportunos para orientar otras contestaciones a la vida”. La nota, como la gran mayoría de las que adornan sin sentido los libros

para acercarlos al lector, trasluce, no obstante, la idea general de estos textos; suenan a prosas poéticas y, por lo mismo, su función está más cerca a la simple lectura que al discurso de la interpretación. Me explico, sus argumentos no precisan de demasiada atención y solo deben ser leídos como lo que son, esquelas de personajes ancestrales o dioses desterrados:

Me llamo Anael el andrógino y el consagrado a los amores y acomodo apremio en las mujeres con mi deseo y las obligo a dejar de lado sus flamas virginales cuando mi serpiente caduceo bucea entre sus piernas y me siento poder e igualdad y acabado en belleza y sabiduría y todo esto soy ahora porque antes fui querubín entre piedras de fuego en el Monte Santo de Dios perfecto en conducta hasta cuando supe del amor hacia las mujeres de los hombres y desde las piedras y el Monte me precipitó Dios a la tierra. [“El desterrado, pág. 42]

Ejercicio poético interesante, sin máculas de alambicamientos innecesarios. Un buen espécimen en esta colección que sigue publicando a sus autores. No les perdono, eso sí, el defecto editorial en la impresión, el recurso limitado. Habrá que apoyar iniciáticas como esta en aras de perfeccionar un segmento del mercado colombiano que lucha a todo momento por darse su lugar en un país de poetas y narradores sin editor.

**Carlos Andrés Almeyda Gómez**